

*Ana Aguilera*

## Cuando el terrorismo se nutre del negocio de la droga: el caso de los talibán y el negocio del opio en Afganistán

When terrorism thrives on the drug trade: the case of the taliban and the opium industry in Afghanistan

### Resumen

El vínculo entre el terrorismo y el tráfico del opio no es un fenómeno nuevo en Afganistán. El narcotráfico como fuente de financiación ha sido una práctica recurrente para una multitud de actores en el país considerado como el epicentro de la producción ilegal de opio en el mundo. Los talibán no son una excepción a esta realidad, lucrándose del negocio de la droga durante casi tres décadas. La dependencia de la droga como base para el tejido socioeconómico y para el terrorismo son dos de los factores fundamentales que actúan como catalizadores de una inestabilidad que favorece el surgimiento de unas “zonas de caos” donde el tráfico y producción del opio y la heroína resultan más ventajosos en los mercados extranjeros que otros negocios lícitos dentro del sistema internacional vigente. Estos elementos, a la larga, han resultado necesarios para la supervivencia de una forma de gobernanza que impera hoy en los cálculos políticos internos del país, aumentando por consiguiente los niveles de riesgo tanto a nivel regional como internacional y perpetuando una forma de retroalimentación socioeconómica para el país que difícilmente puede contar con una fácil solución en el corto o medio plazo.

**Palabras clave:** Afganistán, droga, opio, Talibán

### Abstract

The link between terrorism and opium trade is not a new phenomenon in Afghanistan. Drug trafficking as a source of funding has been a common practice of several actors in the country considered the epicentre of illegal opium production in the world. The Taliban are no exception to this reality, profiting from the drug trade for almost three decades. The dependence on drugs as a major economic lifeline for society and for terrorism are two of the key factors that act as driving forces for an instability that favours the emergence of “chaos zones” where opium and heroin trafficking and production are more profitable in foreign markets than other licit businesses within the existing international system. These elements have ultimately proved necessary for the survival of a form of governance that now reigns in the country’s internal political calculations, thereby increasing the levels of risk both regionally and internationally and perpetuating a form of socio-economic feedback loop for the country that is unlikely to be easily resolved in the short to medium term.

**Keywords:** Afghanistan, drugs, opium, Taliban

**Ana Aguilera**, Investigadora junior del Observatorio Internacional de Estudios sobre Terrorismo. Máster en Geopolítica y Estudios Estratégicos de la Universidad Carlos III de Madrid.

**Recibido**  
23/10/2021

**Para citar este artículo:** Aguilera, A. (2022), Cuando el terrorismo se nutre del negocio de la droga: el caso de los Talibán y el negocio del opio en Afganistán, Revista Internacional de Estudios sobre Terrorismo, nº5, pp. 7-18.

**Aceptado**  
08/03/22

## 1. Introducción: Afganistán, el epicentro de la producción de droga en Asia

El año 2018 marcó el récord en producción de adormidera en Afganistán, superando las 260.000 hectáreas de cultivo (UNODC, 2021:62). Esta cifra no debería tener en principio un impacto negativo para la salud global, pues la planta posee múltiples propiedades con fines terapéuticos a partir de los cuáles se extraen derivados como la morfina o la codeína. Sin embargo, de las cápsulas de esta planta también se derivan narcóticos altamente nocivos e ilegales como la heroína, una droga con unos altos índices de adicción y con un consumo masivo en el mercado negro. Con unos beneficios desorbitados tildados en miles de millones de dólares anuales y una creciente demanda en Europa y Norteamérica, el tráfico de opio y heroína a nivel global se distribuye principalmente desde Afganistán, lo que ha convertido a este país en el mayor dependiente de la droga como fuente de supervivencia económica.

En 2017, la venta de opio afgano representaba entre el 6 y el 11% del PIB del país, con más de 200.000 personas trabajando de manera directa en el cultivo de este tipo de droga, y los datos apuntan a que actualmente el país cultiva más del 85% de toda la producción de adormidera en términos globales (UNODC, 2021:52). Por tanto, Afganistán es un país que se presenta como el centro neurálgico del opio y la heroína mundial, con una dependencia del PIB tan fuerte en el narcotráfico que resulta casi imposible prescindir de él.

En términos generales, la industria del tráfico de droga suele emerger en aquellas zonas de paso y lugares más remotos o menos controlados del planeta, a menudo denominados como zonas grises. Se encuentran cerca de su canal de suministro, un campo de cultivo o espacio fértil donde poder explotar al máximo nivel la producción de droga para conseguir maximizar los beneficios económicos que se extraen de ella. En este sentido, existen una serie de factores que hacen que Afganistán se presente como uno de los espacios más idóneos para llevar a cabo este tipo de actividad económica al margen de la legalidad. Entre ellos destacarían el historial de violencia que históricamente ha asolado al país, el fracaso del aparato estatal para proporcionar iniciativas económicas alternativas, las condiciones del clima y el suelo en ciertas áreas de su territorio y la pobreza social unida a los altos índices de corrupción de carácter endémico.

La combinación de estos elementos evoca a una potenciación del riesgo e inestabilidad prolongados, retroalimentados mutuamente y trayendo como resultado una economía eminentemente basada en el negocio de la droga.

El tráfico ilegal de este narcótico, especialmente en el enclave entre Afganistán, Irán y Pakistán, también conocido como “*Golden Crescent*”<sup>1</sup>, ha supuesto una gran fuente de ingreso para actores que han encontrado en su tráfico una importante fuente de financiación para sus operaciones. Es el caso de señores de la guerra, milicias rivales y grupos insurgentes que han azotado a este país desde antes de su descolonización, destacando de entre todos ellos el grupo terrorista que ha sacado mayor rédito de este negocio y que actualmente ostenta el liderazgo del país: los talibán. Las condiciones que han llevado al grupo terrorista a establecer un vínculo con el tráfico de opio y heroína invitan a conocer la evolución de este fenómeno a lo largo de las últimas décadas, analizando hasta qué punto existe una relación de dependencia de la droga para el funcionamiento de su organización y explorando la pasada y presente estrategia talibán en torno al cultivo de adormidera.

1 Otra de las principales fuentes de suministro y tráfico de opio es el área conocida como “*Golden Triangle*”, compuesto por Laos, Myanmar y Tailandia, donde los beneficios generados por su producción y tráfico ascienden a más de 71 mil millones de dólares. Sin embargo, queda geográficamente exenta de análisis debido a que no es la región de estudio del presente documento.

## 2. Evolución del negocio de opio y los talibán antes del 11S

La producción de opio a nivel masivo no comenzaría a tener implicaciones globales hasta la década de 1980 durante la invasión soviética en Afganistán. En este contexto, los *muyahidín* encontraron en el cultivo del opio una fuente de financiación que permitía cubrir parcialmente sus operaciones militares contra los soviéticos. En el momento del triunfo de estos frente a los enemigos comunistas, la dependencia en el tráfico de opio resultó incuestionable, marcando el inicio de un país empujado a convertirse en una “narcoeconomía” (Kreutzmann, 2007:612). Así, de las 100 toneladas producidas antes de 1979 se pasó a más de 3.000 toneladas en 1994 (Labrousse, 2005:3). Los mercantes de la resistencia, denominados “señores de la droga”, comenzaron sus andaduras en el tráfico ilícito de este narcótico, que recorría las tierras afganas y se establecía en los corredores que conectaban al país con su vecina Pakistán (Calvillo y González, 2018:8). En las áreas de dominancia pastún en tierra pakistaní, de hecho, se encontraban los procesadores de opio en laboratorios, donde los *muyahidín* encontraban su refugio militar y financiero (Kreutzmann, 2007.612).

Cuando el movimiento talibán surgió en 1994, no concibieron explotar inicialmente el negocio del opio como fuente de sustento, confiando sus recursos y capacidades operativas en donantes y patrocinadores externos y en el tráfico de mercancía no declarada bajo el Acuerdo Comercial de Tránsito Afgano con Pakistán (Felbab-Brown, 2021). Otra importante fuente de financiación vendría también a través de pequeñas donaciones privadas, que contravenían los abusivos peajes que obligaban a pagar las mafias o los señores de la guerra (Yagüe, 2021:158). Se ganaron así el respeto y el apoyo de la población afgana, a quienes protegían de los hurtos y robos de su cultivo, en una analogía similar a su homólogo en su vecina Pakistán *Tehrik-i-Taliban Pakistan*, con quienes comparten historia, ideología e incluso descendencia familiar (Brachman y Warius, 2008:4)<sup>2</sup>. Con esta práctica de pago en una única parada, se consiguieron embolsar cantidades millonarias de todo aquel que pasase por las rutas controladas por el grupo, tanto a nivel nacional como en las carreteras que conducían al extranjero, llegando a superar a finales de la primera década del presente siglo beneficios de más de \$2.000 millones (Brachman y Warius, 2008:5). Tras las sanciones impuestas al grupo terrorista y a Al Qaeda en Afganistán por el Consejo de Seguridad de la ONU a través de su Resolución 1267, se cree que los talibán relegaron sus activos en personas de confianza repartidas entre Pakistán, Emiratos Árabes Unidos y otros lugares donde se encontraran hombres de negocio de la etnia pastún<sup>3</sup>.

Sin embargo, pronto descubrirían el provecho que podían sacar con la venta y distribución del opio en los mercados regionales e internacionales, y procedieron a controlar los espacios al sur y este del país ricos en el cultivo de amapola. De Irán y Pakistán obtuvieron grandes márgenes de beneficios en el mercado regional, a la vez que estos y algunos países de Asia central como Tayikistán o Turkmenistán servían como puntos de tránsito para los mercados europeos y norteamericanos, donde los beneficios generados por el negocio del opio se multiplicaban por diez (Kreutzmann, 2007:618). Gracias a una economía basada en la droga, conseguirían mantener en forma a los combatientes en condiciones extremas e imponer su fórmula de gobernanza a nivel sociopolítico, jurídico y económico de manera semiautónoma y con un dominio relativamente independiente del Estado central.

2 El grupo *Tehrik-i-Taliban Pakistan* y los talibán comparten también intereses materiales mutuos, como imponer peajes al tránsito lícito e ilícito del corredor que se extiende desde Karachi, la ciudad costera al sur del país, o Beluchistán, acercándose a la frontera occidental, hasta Afganistán y Asia Central.

3 Este lazo cultural entre personalidades y grupos de la etnia pastún ha llevado a establecer un vínculo estrecho en los negocios, las relaciones internacionales, la economía y el comercio.

No solo la insurgencia talibán se beneficiaba de este negocio, pues también han sabido sacar provecho de su tráfico y venta otros movimientos de resistencia e incluso grupos armados con conexiones con el gobierno, unidades policiales o señores de la guerra con gran calado político. Un caso llamativo es el de la Alianza del Norte, la coalición antitalibán liderada entonces por el comandante Ahmad Shah Masud en el ala noreste de Afganistán, que controlaba aproximadamente un 5% de territorio frente a un 95% de control talibán en el resto del Estado (Farrell y Thorne, 2004:83). Esta agrupación de resistencia, en el momento del derrocamiento de los talibán en 2001, pasó de controlar 4.901 hectáreas de cultivo en el año 2000 a 6.732 en 2001 y casi el doble (11.319) en 2002 (Farrell y Thorne, 2005:86). Incluso la prohibición del cultivo del opio por parte de los talibán en el 2000, durante su cuarto año de mandato, no afectó a la hora de seguir lucrándose con el tráfico de opio a la resistencia antitalibán, indicando que la forma de proceder en términos generales no ha encontrado impedimentos a la hora de explotar este recurso como fuente de financiación tanto a nivel político como a nivel insurgente.

Para cuando llegaron al poder en 1996, la tendencia de cultivo de opio mantuvo los niveles previos al gobierno talibán. Alcanzó su máximo en 1999, pasando de 64 mil hectáreas de cultivo el año anterior a 91 mil para 1999 (UNODC, 2021:5). Los laboratorios de procesamiento de morfina y heroína volvieron de Pakistán a Afganistán, mientras que los talibán por su lado y la Alianza del Norte en la provincia del Panjshir continuaron su producción ininterrumpida.

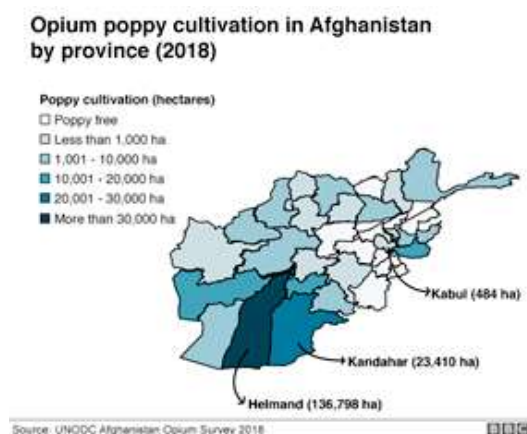
### 3. La geografía del opio y su aprovechamiento por parte de los talibán

Identificar las zonas productoras de opio nos acerca a conocer la realidad impuesta hasta el verano de 2021. Antes de la toma de Kabul por parte de los talibán, los fundamentalistas se disputaban con el gobierno afgano aproximadamente 200 de los 398 distritos del país, mientras que mantenían bajo su control alrededor de 70 distritos situados en la zona centro y en las áreas fronterizas del país asiático.

**Figura 1.** Áreas de control disputadas por los talibán y el gobierno, abril 2021



**Fuente:** Long War Journal

**FIGURA 2.** Cultivo de adormidera en Afganistán, 2018

**Fuente:** UNODC Afghanistan Opium Survey 2018, BBC.

La clave de esta división del territorio reside en que, de entre las áreas que estaban bajo completo control por los talibán, se encuentran importantes campos de adormidera y zonas emergentes como espacios de contrabando.

El mayor distrito productor de opio es Helmand, territorio que yacía bajo control de los talibán en su pulso contra el gobierno central liderado por Ghani (UNODC, 2021:5). En segundo lugar se encuentra Baghdis, con ciertas provincias bajo control talibán y otras que se disputaban con el gobierno afgano. Esta provincia, de hecho, ha aumentado significativamente como espacio productor de droga, pasando de tercer a segundo lugar de 2019 a 2020. Lo mismo que con Baghdis ocurre con Kandahar, Uruzgan, y Faryab, en la zona meridional, noroeste y norte del país respectivamente, distritos que ocupan el tercer, cuarto y quinto puesto en los espacios productores de opio. Finalmente, las provincias de Farah y Badakhshan, en sexto y séptimo lugar respectivamente, estaban o bien controladas en su totalidad por los talibán o bien en disputa con el gobierno central. Mayoritariamente, la distribución regional del cultivo de opio se registra en el flanco sur del país, seguida a gran distancia por la región norte y oeste.

Los anteriores datos revelan que en las áreas con mayor volumen de producción del opio afgano, todas estaban o bien controladas o bien activamente disputadas por la insurgencia talibán antes de la toma de Kabul del pasado mes de agosto, una lucha por el control que se traducía no solo en beneficios de su tráfico sino también a nivel recaudatorio mediante impuestos que han ido gravando a lo largo de las diversas etapas del proceso de producción de la droga (Azami, 2021). De hecho, la provincia de Helmand, epicentro de la droga en el país, se hallaba totalmente bajo el yugo de este grupo terrorista antes de la ofensiva que los llevó a establecer el Emirato Islámico de Afganistán en la actualidad, consolidando una red de tráfico de heroína que ha nutrido intensamente su capital.

Esta situación ha contribuido a aumentar el desarrollo del territorio controlado por el movimiento y ha tenido un gran impacto en su legitimidad como vector indiscutible de un estado de bienestar y seguridad económica en el amplio segmento de población a la que abastece, llegando a erigirse como garantes de una prosperidad regional que los haría contar con un amplio apoyo de la población local. Sin embargo, también ha implicado la escalada de unos niveles de violencia terrorista y ataques insurgentes por el control de la economía de la droga, tal y como revela el hecho de que la mayor parte de las provincias con un gran volumen de cultivo de amapola, como Helmand, Kandahar o Badakhshan, sean también los espacios con el mayor



volumen de ataques terroristas y de víctimas registrados a causa de la insurrección talibán (Piazza, 2012:214). Un ejemplo de lo anterior se dio pocos meses antes de la toma de poder talibán del gobierno central, cuando sus militantes desplegaron una ofensiva contra las fuerzas de seguridad atacando puestos de control y sus alrededores en Lashkar Gah, la capital de la provincia de Helmand. Dicha provincia, de hecho, es el espacio donde fuerzas británicas y norteamericanas sufrieron la mayor parte de sus pérdidas durante la campaña de la Guerra Contra el Terror (Greenfield, 2021). Por tanto, la economía de la droga ha alimentado el desarrollo de la capacidad ofensiva de la organización hasta tal punto de allanar el camino hacia el triunfo del grupo sobre el gobierno central.

#### 4. ¿Hasta qué punto dependen los talibán del negocio del opio?

Los talibán mantienen una importante fuente de financiación que se canaliza a través de diversos medios tanto a nivel nacional como en el extranjero. Desde que fueron derrocados del poder en el año 2001 tras el 11S han tratado de mantener una sofisticada red de financiación opaca que costeara sus operaciones insurgentes, la compra de armamento y la remuneración a unos combatientes que ven más provecho en la lucha armada para él y sus familias que en una actividad económica legal y pacífica. Así, y según declaró el Presidente del Comité del Consejo de Seguridad de la ONU en 2012, solo en el año 2011 el grupo terrorista había recaudado alrededor de \$400 millones de dólares en ingresos (Consejo de Seguridad, 2012). En el 2018, sus beneficios anuales habían aumentado a \$1.000 millones, solo por detrás del grupo terrorista Hezbolá en el Líbano (Yagüe, 2021:163). Además del elemento legitimador en la dimensión política y social, en el terreno económico la venta del opio ha reportado a la organización cuantiosas sumas de dinero. En el año fiscal 2019-2020, los ingresos de los talibán se calculan en torno a 1.600 millones de dólares, del cual el negocio del opio recauda 416 millones de dólares, casi una cuarta parte del total (Sufizada, 2021). Los beneficios generados por el tráfico del opio han permitido, por tanto, llevar a cabo labores de reclutamiento y aumentar su capacidad de lanzar ataques contra objetivos gubernamentales en su hoja de ruta de llegada al poder, permitiéndoles aumentar en recursos y capital para financiar sus operaciones insurgentes al mismo tiempo que invertían parte de lo recibido en fomentar el desarrollo local y ganarse así el apoyo de la población civil.

El beneficio que genera el grupo terrorista con la producción y el tráfico ilícito de opio constituye la primera fuente de financiación en términos cuantitativos a la hora de mantener su pesada escalada de militancia en el país, lo que los ha llevado, en consecuencia, a impulsar la extensión de estos cultivos: en 2017, la ONU dictaminó que los campos de amapolas habían aumentado hasta un 43% con respecto al año anterior (Institute for Economics and Peace, 2017). La pandemia de la COVID-19 no parece haber afectado a la temporada de la planta de adormidera, pero se espera que los efectos económicos adversos de la crisis a causa del virus influyan y repercutan desfavorablemente a la sociedad afgana hasta tal punto que opten por intensificar y depender todavía más de esta actividad (UNODC, 2021:8).

La industria de la droga se erige como una importante fuente de financiación para la causa talibán, complementada con otros tipos de contrabando como el de hachís, cigarrillos, armas o bienes no declarados. Otro negocio estratégico es el de la minería y la explotación de los recursos naturales (con unos ingresos anuales en torno a 400 millones de dólares), así como el cobro de impuestos o tasas por servicios que ellos mismos no producen, como en las cosechas, las rutas de paso o las facturas de electricidad. Esto supone la segunda y tercera fuente de financiación respectivamente (Sufizada, 2021).

En vista de la anterior diversificación de los ingresos anuales, no se puede hablar de que el negocio del opio sea la única causa del reciente triunfo talibán, ni que ellos fueran los precursores de este recurso devenido estratégico para sus arcas. Sin embargo, sí se ha convertido en una fuente preferente de financiación que ha otorgado privilegios, recursos y apoyos al movimiento terrorista en las zonas bajo su control, siguiendo el mismo camino de los *muyahidín*. La consolidada red de tráfico de opio en los mercados extranjeros, asimismo, fundamenta la dependencia talibán en el negocio de la droga, exportando entre un 70% y un 80% del opio que se produce a nivel nacional (Institute for Economics and Peace, 2017). De entre los principales flujos de tráfico de opio y heroína, Afganistán actúa de principal suministrador a Irán, Pakistán e India, a sus vecinos de Asia Central hacia el mercado ruso, a Europa vía Turquía y África y a Norteamérica tanto desde África como desde el Pacífico (UNODC, 2018:1). La creciente demanda, especialmente en los mercados de Europa y Norteamérica, ilustran la complejidad de desprenderse de un modelo económico en constante explotación. Aun así, las consecuencias que la adicción a la heroína ha tenido para la salud global y el intento de incentivar un desarrollo económico alternativo para Afganistán, han llevado en no pocas ocasiones a impulsar políticas de erradicación de su cultivo.

## 5. El fracaso en la erradicación del cultivo de adormidera: corrupción y política

A pesar de su aprovechamiento y explotación en masa, tanto los talibán como las fuerzas occidentales y gobiernos centrales han perseguido sin éxito dirigir sus esfuerzos en disminuir la dependencia social y económica en la producción de la droga. Se impulsaron políticas destinadas a reducir el cultivo de adormidera bajo el régimen talibán en 1999, llegando incluso a prohibir su producción en el 2000, aunque no tardarían en levantar esta medida. De hecho, durante este periodo lo que prohibieron fue el cultivo, no la venta o el tráfico, por lo que los talibán se hicieron con una gran cantidad de droga y dejaron al mercado mundial con un *stock* bajo mínimos.

La disminución en su producción provocó una subida exponencial de su precio, garantía de aumento en los beneficios recaudatorios, pero también mermaba el apoyo a los talibán en términos políticos. Al no fomentar ni proporcionar una alternativa económica viable y realista, la sociedad no tardó en rechazar la prohibición del cultivo de adormidera, un coste político por sanar al tejido socioeconómico demasiado elevado que perjudicaría intensamente a la causa talibán, por lo que finalmente reanudaron su postura política de *laissez faire*. En palabras de Abdul Rashid, líder talibán del control de drogas en la Provincia de Kandahar: “Todo el mundo cultiva adormidera. Si tratamos de parar esto inmediatamente, la gente se volverá contra nosotros” (Cooper, 1997).

Por parte de Occidente, la campaña bélica liderada por Estados Unidos en el país contra el cultivo de los opiáceos en 2001 también tuvo unos efectos contradictorios. Por un lado, desde que la coalición internacional decidiera erradicar el cultivo de amapola el negocio sufrió un exponencial crecimiento en su producción, distribución y ganancias (Calvillo y González, 2018:10). Por otro lado, el intento de erradicación alejó a la sociedad afgana del aparato central y la confianza en los poderes extranjeros, por lo que dejaron de suministrar información sobre el paradero de los talibán y Al Qaeda. Los únicos beneficiados de esta campaña terminaron por ser los señores de la guerra involucrados en el negocio del opio con influyentes contactos en las altas esferas políticas, que redirigieron los esfuerzos internacionales hacia los cultivos de su competencia para monopolizar el mercado (Felbab-Brown, 2021).

A pesar de haber existido fuertes campañas de lucha contra el opio en Afganistán, la economía afgana basada en la droga siempre logra mantenerse a flote. En 2018, Estados Unidos afirmó haber destruido alrededor de 200 de los 400 o 500 laboratorios de droga talibán en el país, causando pérdidas relativas a la cuarta parte de lo recaudado por el negocio del opio por parte del grupo (Azami, 2021). Aun así, los cultivos no han sido forzados a su detención más que por decreto político temporal, y el opio se ha convertido en un punto de encuentro donde se han entrelazado los intereses del narcotráfico, la política y el yihadismo. Un ejemplo de esto se dio en el marco de las negociaciones para llevar a cabo los Acuerdos de Doha, donde Washington buscó forzar al movimiento talibán a sentarse en la mesa de negociación a través de la liberación de prominentes narcotraficantes encarcelados en Estados Unidos afines a los talibán como Haji Bashir Noorzai (Dozier, 2020). Esta figura, clave en la red de tráfico global de heroína, ha sido desde los inicios de los Acuerdos de Doha una moneda de cambio para las conversaciones con la delegación talibán, quienes pidieron en repetidas ocasiones su liberación como condición previa para impulsar la reconciliación en el país. Otro ejemplo que ilustra el entramado interconectado de política, droga y yihad es Haji Juma Khan, importante líder del tráfico de heroína en la región suroeste de Afganistán a quien Washington puso en libertad en 2018. Khan empleó todos los recursos y conectó a actores enemigos para sacar el máximo rédito posible del tráfico de heroína: afín a la causa talibán, subcontrató a militantes para garantizar la protección de su mercancía, mientras negociaba con familiares próximos al gobernador de la provincia de Kandahar, Ahmed Wali Karzai, el tráfico sureño de la heroína y se involucraba en la vida política mediante la financiación y la construcción de hospitales y carreteras en la zona bajo su dominio. Incluso llegó a servir como informante para la CIA, prometiendo a la agencia estadounidense ayudar a localizar y rastrear terroristas (Peters, 2016:139).

Las estructuras de poder entrelazadas dibujan un panorama plagado de corrupción e intereses contrapuestos con poca o nula voluntad de erradicar el negocio de opio, abocando a la mayor parte de la sociedad a condicionar su porvenir económico y apoyo político a quien no esté dispuesto a terminar con el cultivo de amapola sin ofrecer antes una alternativa económica factible.

## 6. La nueva estrategia talibán con el opio afgano

Que la economía afgana haya terminado por depender del tráfico ilícito del opio y la heroína responde a un problema económico estructural fomentado e incrustado en el sistema político, una corrupción ininterrumpida con un déficit en la rendición de cuentas y una incapacidad de desplegar un control efectivo del espacio nacional evidenciado en el triunfo talibán sobre el gobierno central en 2021. En esta situación de desesperación, su cultivo ha supuesto la única vía de escape y oportunidad de prosperidad económica para buena parte de los grupos sociales.

Recientemente, el emir Ajundzada ha anunciado la prohibición del cultivo de amapola, en aras de virar hacia una fuente de financiación ajena a los opiáceos en su tejido productivo (Greenfield y Ahmad, 2022). Sin embargo, esta posibilidad no parece resultar fehaciente teniendo en cuenta los anteriores dilemas políticos y económicos que han hecho a los talibán dar marcha atrás en su decisión de acabar con los cultivos.

Entre las razones que motivaron la prohibición talibán del cultivo de opio en el año 2000 se barajaba la intención de buscar un reconocimiento internacional de su nuevo gobierno, motivación que también se deduce mantienen ahora. Sin embargo, esta irrupción no solo no se mantuvo en el tiempo sino que tras este breve lapso, la producción de opio creció de manera exponencial. Por tanto, una de las razones que habría fun-



damentado esta súbita prohibición sería la de disminuir la oferta en los mercados internacionales y dejarla al mínimo, una intervención en el mercado que dispararía los precios de este recurso y proporcionaría cuantiosos beneficios al régimen de turno. Las sequías, que trajeron una temporada de malas cosechas por aquel entonces y que también lo han hecho ahora, unido a una sociedad afgana en constante crecimiento demográfico y al borde del colapso y la ruina social sin una fuente económica alternativa, provocan una combinación de factores que hacen peligrosa la reciente prohibición a seguir cultivando la planta de adormidera. Su reanudación en próximas cosechas daría a Afganistán, de hecho, una ventaja competitiva en el mercado del opio y la heroína durante los próximos años, lo cual podría alimentar holgadamente las endeble arcas del Estado a medida que los talibán comienzan a forjar un vínculo con sus aliados económicos en el sistema internacional, a expensas de la paciencia de una sociedad que no ve tregua en su prolongada crisis humanitaria.

Estamos ante un contexto plagado de serios desafíos en el porvenir de la relación entre los talibán y el opio en Afganistán. Por un lado, el nuevo Emirato Islámico de Afganistán está consolidando una nueva arquitectura de gobernanza sobre la sociedad, la economía, la justicia y la política a nivel estatal, mientras que Occidente encarnado por Estados Unidos y las potencias europeas abandonan una presencia e influencia que les facilitaba, entre otras cosas, extraer la información sobre lo que ocurría en relación al negocio del opio.

Por otro lado, el nuevo gobierno de Afganistán está desplegando una red de conexiones fuera de su tradicional campo de influencia. Su poder ya no solo se proyecta hacia los aliados tradicionales, como Pakistán o Arabia Saudí, sino también hacia otros actores interesados en desarrollar una influencia cada vez más intensas. En juego se encuentran intereses económicos y comerciales así como la prevención de la expansión del islamismo radical en la región de Asia central y su periferia, por lo que países como Turquía, Rusia, China o Irán se encuentran desplegando su huella geopolítica tanto como lo pueden estar buscando Pakistán o el vecindario de la Península Arábiga. Por tanto, a falta de materializar colaboraciones e ingresos externos que puedan sustituir a lo que se recauda con el opio, y con las reservas internacionales congeladas, es de esperar que el negocio de la droga continúe su camino y los talibán vuelvan a hacerse con una importante reserva de stock de la droga.

El nuevo escenario gobernado por los talibán se enfrenta a grandes desafíos en cuanto a liderazgos, dinámicas internas y juegos de poder para dominar el entramado político afgano, donde las fragmentaciones políticas y las diferentes derivas – moderadas o radicales – tendrán un papel relevante en la decisión de mantener o hacer crecer el peso de la economía de la droga en el país. Paralelamente, el movimiento talibán necesita seguir manteniendo el apoyo de la sociedad, algo que podría quedar en entredicho si alteran las variables que alimentan a la economía local y que tambaleó su popularidad durante su último mandato.

Similarmente, el Ejecutivo talibán se encuentra haciendo frente a la insurgencia islamista de Daesh a través de su franquicia regional, Estado Islámico de la Provincia de Jorasán (ISKP o IS-K por sus siglas en inglés), que amenaza con menoscabar el contexto de estabilidad regional y, por tanto, la capacidad talibán para proporcionar seguridad a la población y demostrar una fuerza antiterrorista efectiva. La actitud de IS-K hacia el negocio de la droga no es uniforme, pero su tendencia generalizada se ha inclinado hacia el rechazo de la economía basada en el opio, lo cual supone una fuente de preocupación para las rutas de tránsito de la droga, especialmente en los puntos calientes de mayor actividad de IS-K como Kabul, Kunduz o Nangarhar. En este último, de hecho, la rama de Daesh llegó a bloquear el canal de suministro de la droga controlado por los talibán hacia Pakistán, habilitándose de nuevo la ruta únicamente tras despojar a IS-K de su bastión en la provincia (Chellaney, 2021).

Depender financieramente del negocio de la droga para avanzar la agenda política no es una práctica con la que la mayoría de la militancia talibán se haya sentido cómoda: al fin y al cabo, el uso o consumo de drogas está prohibido en términos ideológicos. A pesar de ello, no es lo mismo un grupo beligerante que busca auparse en el poder mediante la lucha armada que una organización terrorista gobernando un país en su totalidad, pues los cálculos políticos a menudo no comulgan con las voluntades o inclinaciones ideológicas. Hay que distinguir entre la insurgencia y la política e institucionalización del movimiento como comandante del Estado, algo que no pasa desapercibido para el incipiente gobierno. Por ende, no queda meridianamente claro que la respuesta de la comunidad internacional realmente condicione el comportamiento del nuevo gobierno con respecto a hacer del negocio del opio una fuente más de autonomía financiera. De hecho, la opacidad con la que pueden intervenir en su vasto espacio de operaciones sin la presencia de Occidente y la aquiescencia de sus potenciales aliados puede permitir a los talibán en cierto modo realizar maniobras en su territorio con relativa impunidad, al igual que lleva ocurriendo con la vulneración de los derechos humanos y el abandono de las minorías. Un posible desvío a otras fuentes económicas, de fracasar, podría poner en grave riesgo la popularidad y la prevalencia del nuevo gobierno.

## 7. Conclusiones

La configuración y características geográficas, políticas y sociales en Afganistán lo sitúan en una posición idónea para la producción y el tráfico ilegal de opiáceos.

Se ha demostrado cómo el tráfico de opio y heroína en Afganistán constituye una de las principales fuentes de financiación del movimiento talibán desde finales del siglo pasado, poniendo en grave riesgo la seguridad de un país cuya población no deja de crecer año tras año y la estabilidad de una región dramáticamente estancada en una crisis geopolítica persistente y crítica.

El mayor centro de producción de la droga en Afganistán, situado en la provincia de Helmand, se ha hallado bajo el férreo control del islamismo talibán antes de que estos llegaran a tomar el control de la capital, otorgando un margen de maniobra colosal a la hora de financiar las actividades delictivas del grupo y que les ha brindado un apoyo social muy extenso para su posterior victoria como nuevo comandante del renombrado Emirato Islámico.

Las diferentes ramificaciones y conexiones con la élite política, el crimen organizado y el yihadismo modelan un entramado del opio en Afganistán con serias limitaciones a la hora de perseguir y juzgar a sus colaboradores, impidiendo una rendición de cuentas y transparencia institucional que aborde eficazmente la infraestructura criminal creada en torno a una producción y una venta de opiáceos en el país que cuenta con la participación de productores, distribuidores, colaboradores y, por supuesto, de los consumidores finales.

Varios meses después de que los talibán llegaran a controlar *de facto* los asuntos políticos afganos, las futuras proyecciones del país no se auguran precisamente optimistas, pues se trata de un Estado gobernado por un grupo terrorista que depende en gran medida del negocio ilícito de la droga, creando así la posibilidad de que Afganistán se erija y convierta en un narcoestado gobernado por el terrorismo donde la crisis humanitaria y vulneración de los derechos más básicos sea la tónica general.

## Referencias bibliográficas

- Azami, D. (2021). *Afghanistan: How do the Taliban make money?*. BBC News.
- Brachman, J. y Warius, A. (2008). *Abu Yahya al-Libi's "Human Shields in Modern Jihad"*. CTC Sentinel. Vol 1. Issue 6.
- Calvillo, J.M. y González, P. (2018). *El opio en Afganistán. ¿Erradicación o legalización?*. Vol.11. Nº 2. Pp. 95-114
- Chellaney, B. (2021). *The narco-terrorist Taliban*. Australian Strategic Policy Institute. The Strategist.
- Consejo de Seguridad (2012). *Report of the Analytical Support and Sanctions Monitoring Team established pursuant to resolution 1526 (2004)*. 1-29.
- Cooper, K (1997). *Afghans cultivate Islamic state but ignore illicit harvest*. The Washington Post.
- Dozier, K. (2020). *Prisoners for Peace: Trump Administration Mulls Releasing Taliban Drug Kingpin in Push for Afghan Peace Talks*. Time.
- Farrell, G. y Thorne, J. (2004). *Where have all the flowers gone?: evaluation of the Taliban crackdown against opium poppy cultivation in Afghanistan*. International Journal of Drug Policy 16. 81–91
- Felbab-Brown, V. (2021). *Pipe dreams: The Taliban and drugs from the 1990s into its new regime*. Small Wars Journal. Brookings Institution.
- Greenfield, C. (2021). *Taliban launches major Afghan offensive after deadline for U.S. pullout*. Reuters.
- Greenfield, C. y Ahmad, J. (2022). *Taliban bans drug cultivation, including lucrative opium*. Reuters.
- Institute for Economics and Peace (2017). *La financiación de los cuatro grupos terroristas más letales*. Es-global.
- Kreutzmann, H. (2007). *Afghanistan and the Opium World Market: Poppy Production and Trade*. The International Society for Iranian Studies. 40:5. 605-621.
- Labrousse, A. (2005). *The FARC and the Taliban's connection to drugs*. Journal of Drug Issues. 1-16(3).
- Peters, G. (2016). *Chapter 5 Traffickers and Truckers: Illicit Afghan and Pakistani Power Structures with a Shadowy but Influential Role*. PRISM – National Defense University. 1-25.
- Piazza, J.A. (2012). *The Opium Trade and Patterns of Terrorism in the Provinces of Afghanistan: An Empirical Analysis*. Terrorism and Political Violence. 213–234.
- Sufizada, H. (2021). *Minerals, drugs and China: How the Taliban might finance their new Afghan government*. The Conversation.

UNODC (2018). *Afghan opiate trafficking along the Northern route*. 1-164.

UNODC (2021). *Afghanistan Opium Survey 2020*. 3-62.

UNODC (2021). *Booklet 2: Global overview of drug demand and drug supply*. World Drug Report. 1-109.

Yagüe, J. en Igualada, C. et al. (2021). *Anuario del terrorismo yihadista 2020*. *Observatorio Internacional de Estudios sobre Terrorismo*. 1-238.